

REFLEXIONES HISTORICAS

Por el Dr. *Manuel Vidal*.

La Historia de El Salvador, con veneración y entrañable cariño debería ser leída, y estudiada, por los hombres y mujeres todos de Cuscatlán; debería ser conocida, sí, de quienes cabe la diminuta y laboriosa heredad cuscatleca, no embargante lo suntuoso o la humildad con que al nacer, les adornara su lecho, la bondad de los hados, por hallarse, sólo por eso, en el solar salvadoreño, fue la primera adorable cuna, pródiga en ternuras y dulces, armoniosos cantos maternos. Es principalísima la Historia salvadoreña, y con ella se identifica, de esotra antiquísima o legendaria, la Gesta de Istmania. . . Tan, tan vieja, que al decir de Platón el Divino, son los primeros emigrantes marinos del Continente Nuevo, y sus descendientes, se poblaron, a lo largo y ancho de sus dilatados territorios, la China milenaria abuela de civilizaciones, la India misteriosa de los Brahamanes y de las aguas sagradas del Ganges, y la Persia siempre bajo la aureola de luz clarísima de pureza, advenida con Zoroastro y su doctrina. Desde todo punto de vista, empezando por el comienzo, es arrebatadora y apasionante historia; así lo expresan sus ruinas monumentales que nada más saben hablar el lenguaje vasto y sabio del silencio con el que comunica a la cultura —suprema diosa de ellas— prodigándole la ofrenda de sus estelas serenas y áureas y el tesoro de mil objetos exquisitos, como regueros de gemas preciosas, testimonios que son de gloriosas civilizaciones pretéritas, que al conjunto también de la cultura, taumaturga, pregonan la sublimación del sudor y del pensamiento humano, en belleza florecidos. La decadencia de tan valiosísimos monumentos del ayer remoto, inspirábale al Aedo el verso melodioso y melancólico: “Yo respiro el ambiente de remotos antaños, —y siento alzarse. . . dentro, fuera no sé en qué parte. . . —la ciudad que sostiene en sus hombros el arte,— poblado de silencios colosales y extraños”.

Gesta bienamada la que transcurre en el territorio salvadoreño, bendita tierra dotada por el Hacedor, desde el origen, con la suavidad exquisita del

cariño inegoísta para así darle a quien en ella repose, amén del descanso, el contentamiento... Dióle el Divino Arquitecto al país cuscatleco una atmósfera surcada por cálidas corrientes de amor para arropar, entre los demás hogares, el más bueno y que es a manera de paterna casa señorial, donde cada quien se complace y se deleita, hogar en donde, desde los primeros balbuceos de la niñez, sabe dar a la inocencia párvula candor y júbilo en plenitud, y que, llegada la última infancia, postrimera infancia dulce y nunca altiva, pese al tesoro de sus sabias experiencias, con que atardece la vida del hombre, el ocaso es poema de honda dulzura y de nostalgia que, insensible, se fuga hacia el nirvana. En ese sagrado hogar, nadie se ha muerto de hambre, ni nadie se ha muerto, tampoco, de soledad o frío.

Incalculable, invaluable es la trascendencia de la epopeya de Istmania, de la que apenas dan idea los fantásticos tesoros ocultos en la tierra suya. Ella tiene y comparte dones idénticos a los que contiene la Historia del Nuevo y vasto Mundo, del Mundo de América, que tan pronto la describiera, inesperadamente, Colón —sensacional, máxima hazaña jamás contemplada antes y que los tiempos venideros nunca podrán ni superar ni igualar—, alucinó y dejó atónita y delirante de entusiasmo a la humana muchedumbre del planeta, al par que orientó la Historia de ésa y de las venideras por rumbos opuestos de los hasta entonces seguidos: por el camino de la Verdad.

Ciertamente, entre otros conceptuosos pensamientos del Baghavad Gita, uno hay, que puede referirse al relato histórico americano, desde el instante de que su interpretación de acuerdo a él pareciera ajustarse a tal propósito: “Unas voces de sublime sencillez, algunas de opulenta grandeza, no pocas de patética emoción; pero siempre vivo, elevado, cautivante atractivo...” Magnificencia que avasalló, cautivó con tal inédita y dilecta gracia a lo mejor del ser, de eso no hace ya tan largo tiempo —que desde entonces la Grandeza de América nace, y las tengo en mi intimidad, las más puras y ennoblecedoras emociones, en adoración y embeleso perenne. Desde ese punto y hora se adentró en mi conciencia un ideal que perduró a través de toda la vida, que hizo su camino, como la estrella de Goethe, “sin prisa y sin pausas”, dedicándole, eso sí, sin pereza ni regateos de ninguna especie, cuanto me fue humanamente dable realizar la Historia del Continente Ibérico, el alma misma que los originó, el hecho fundamental que les prestó ánimo y desarrollo, quise, en una palabra, conocer la Filosofía de la Gesta de América, con todo y su carácter de extensa, el siempre creciente progreso que presenta tal estudio a través de los tiempos, y pese a lo complejo y a la profundidad del mismo. Como es natural, debí empezar la tarea, a favor del estudio que sobre la ciencia más complicada y difícil de todas —la ciencia histórica— con el estudio que corresponde a

mi patria centroamericana. Como hasta la gente seudo culta sustenta la creencia de que la historia es asunto fácil en extremo, muchos se sorprenderán, algunos que lean esta opinión mía; lo cierto, empero, es que lo arriba expuesto tiene carácter de verdad, y no quiero detenerme, por ahora, a comprobarlo; que se contenten, aquellos incrédulos, con saber que, de la misma suerte, piensan los historiadores del Mundo con mentalidad joven, y suficientemente viriles para rendirle culto a la Verdad. Lo que sucede al común de las gentes, refiérome a los creyentes en la facilidad del estudio de la Historia, es, en parte, un fenómeno similar al que se observa en la gran mayoría de los humanos con respecto a su criterio sobre la Medicina: todos se creen, no sólo con el derecho de emitir opiniones al arte Hipocratiano, de hablar de cualquier entidad no zoológica, sino, lo que es más, de discutir lo que de alguna de ellas pueda haber dictaminado el Médico, y lo que es peor de repudiar sus prescripciones a fin de recetar ellos por su parte. También, de casi idéntica manera, hay en otras actividades humanas, en nuestros climas por lo menos, y sustentado, claro está, por la generalidad de las gentes, un criterio según el cual el despliegue de las arriba mencionadas es cosa que todos pueden llevar a término; el periodista (para infortunio de los verdaderos periodistas nuestros, se cuenta entre ellas. “Hay ciencias —como ciertas damas— que inspiran profundo respeto, y otras —ciencias y damas—, que atraen con facilidad a quienes las contemplan”).

De esa manera, en el capítulo “La Vocación de historiar”, Enrique de Gandía comienza a razonar mediante el examen de fenómenos, de observación frecuente en lo que a la Historia y a los historiógrafos suele manifestarse, pero muy frecuentemente. No podemos resistir a transcribir, siquiera el comienzo del brillante capítulo, puesto que él viene a cuento, como también porque, dentro de él, con claridad y evidencia, Gandía examina un asunto en su forma magistral característica: “La Historia es para mucha gente —prosigue— una dama accesible. A nadie se le ocurre despertarse una mañana matemático, pintor, escultor, químico o geólogo; pero a cada instante advertimos la existencia de matemáticos, pintores, escultores, químicos, geólogos, etc., que se improvisan historiadores. Algo semejante ocurre, también, con la Medicina, la Política, la Diplomacia y la Economía. Medio mundo se cree con derecho a dar consejos a un enfermo y a opinar sobre otras muchas artes y ciencias. La experiencia pone a todos los hombres en contacto con ciencias fáciles de comprender exteriormente. No es extraño que la Historia, que se lee como novela, y que se escribe como memoria, sea para la infinidad de las gentes una materia bien sencilla. Jóvenes imberbes o generales y hombres maduros son los que con mayor frecuencia se entregan a ellas, de pronto. Bien se ha dicho que los enamoramientos de los jóvenes y de los viejos son los más peligrosos y sin tino. La

Historia hace estragos entre los jóvenes y entre los viejos. Unos y otros no saben lo que es prudencia: unos por demasiada audacia otros por excesiva seguridad o excesivo orgullo. Todos creen saber lo que afirman y muy pocos aceptan el consejo sabio, la dirección acertada. La autoridad es el rasgo que más caracteriza a los historiadores noveles —tanto de veinte como de sesenta años —y esta autoridad, basada en el orgullo personal o en la tranquilidad que infunda el dominio de otras ciencias, es lo que más pronto pierde a este género de historiadores”.

La tarea del estudiante de historia centroamericana pertenece a esta clase de esfuerzos que demandan lo más extenso de sus energías, físicas, morales e intelectuales. Caso de que él disfrute de la necesaria madurez mental, justo a tiempo de que contemple, a vista de pájaro, el panorama trazado en el tiempo por los hechos integrantes de la Gesta Istmica, observará que del relato en conjunto se desprende, hasta del asunto en apariencia sin mayor interés, la importancia magna de los valores eternos. Además, y por ser inherentes a la juventud el sentimiento patrio más vehemente, todos estos motivos y otros más, se conjurarán a que encamine él sus pasos por los senderos adecuados y conducentes al mejor cumplimiento de la faena que se ha impuesto. Fueron estímulos y acicate, tales motivos, que a las veces se interpusieron a los contratiempos que suelen salir al paso de quien anhela, fervorosamente, conocer la vida del hombre centroamericano. De cierto, la ciencia recién aludida, me refiero a la atañera a la enseñanza de la historia istmeña, sea por medio de la escritura, historiografía, o bien a favor de su enseñanza oral, padece a consecuencia de disímiles perturbaciones, como quizá ninguna otra historia alusiva a los países del Norte y Sur América, quebrantamientos tan agudos que apenas se le reconoce. Cada uno de estos factores nocivos vuelven su estudio —no digamos su conocimiento verdadero, esto es, su comprensión filosófica clara y exacta—, algo así como un batallar contra enemigos poderosos que, a todo instante, se encuentran a la expectativa para asestarle el golpe de muerte, para determinar el cese de su estudio o, lo que es peor, enfermar al estudioso con los gérmenes virulentos, que no otra cosa son los conceptos erróneos. Quisiera, antes de enumerar a la ligera unos cuantos de ellos, (y si me es posible, ir comentándolos, también, con brevedad), decir pocas palabras de añoranza, de recuerdo saturado de nostalgias, que me han inspirado, y me inspiran aún, los datos de historia llegados hasta mí por conducto de viejos testigos.

A fin de ir aumentando el significado de nuestra historia, en el caso personal mío, presté más cuidadosa atención de las que hasta entonces les había dedicado, a los añejos y gratos relatos con que nos suelen obsequiar los ancianos. Los de estos queridos viejecitos, (de cuya vida pareciera no quedar ya nada, excepto la chispeante vivacidad de sus ojos desde donde el alma pretende asomárseles), con la mayor atención escuchaba su plática

como si quisiera beberles, sin perder detalle, toda narración anecdótica o toda versión particular que sobre un asunto dado ellos sustentaran; era un deleite oírles la vehemencia, el énfasis, con que acentuaban sus frases para, así, impresionar a sus oyentes y en grado superlativo. Esta plática suya que guarda, como a un tesoro religioso, el dato aún no conocido, o aquel hecho singular del que fueran testigos presenciales, con acento arrebatado y convincente, sabían sabiamente expresarlo, con lujo de detalles a medida que sus palabras iban hilvanando lo ocurrido allá, en los tiempos que, siendo nosotros adolescentes, nos parecían perdidos en lo remoto e insondable. A menudo, lo que nos narraban eran cuentos sucedidos, ya no en su tiempo, sino en el de sus abuelos, o más lejos, en el de sus bisas o sus tatarabuelos, quienes transmitirlo quisieron a sus descendientes inmediatos, para que éstos lo hicieran con los suyos, hasta que el tiempo llegó en que hubieron de contarlos ellos; por tal razón, cuando a sus hijos les narraron su relato, aconsejaronles que lo guardaran en su memoria y fueran perdurables a través y a despecho de los años. La mayoría de cosas que oyera de tan venerables bocas, emocionáronme con variada gama de sentimientos, y dieron esplendor a una imaginación bien dispuesta, y a creer cuanto así escuchaban. Después, con el correr del tiempo, no pocos datos de los así oídos hube de descartarlos, pues ya en presencia del documento fidedigno existente sobre el asunto, caía en la cuenta de que era la pasión lo que a los mismos deformaba y teñía, todo de resultas de que el narrador las inficionaba con exageraciones de alguno de los dos partidos a que él pudo pertenecer: las ideas del partido conservador, o las propias del partido liberal. En cambio de estas fantásticas historietas, escuché otras realizadas con su amena y graciosa veracidad, amén de ser ellas meritorias por hallarse inéditas hasta la fecha. Uno de mis más caros placeres, todavía hoy, lo encuentro en la conversación sostenida con gentes que, si llegaron ya a la vejez por los años de su existencia, resplandecen, sin embargo, por lo fresco de la memoria y por su buen discernimiento, igual a la más auténtica de las juventudes. Charla sugeridora y colmada de lecciones humanas que a las veces consolidábanme en un concepto: felices oportunidades, en todo caso, de aprender algo muy bueno. Gracias a la atención y al deleite puestos a estas cosas que tanto aman o amaron nuestros abuelos, una a una fueron sumándose de manera de quedar grabados en la memoria igual que riquísima colección artística, que de otra suerte no habrían perdido en las lejanías del tiempo, la mayoría de ellas...

¡Cosas de antaño! Algunas, con el añejo sabor agradable de las épocas pretéritas; otras, pintorescas y condimentadas con la picardía y la sal de los cuscatlánidas, éstas con la fisonomía delineada mediante trazos sorprendentes, por lo absurdos y exactos, con que el destino, al estilo futurista y metido a pintor, gusta de pintar a los humanos fueron el teatro de tragicomedias

a cual más insólita, escenarios donde de la noche al día, y como ardid de prestidigitador, personajes degradados se encumbraron al sitio político prominente o a las altas clases sociales; heroicas aquéllas y redentoras, hablando del sacrificio de los Próceres en la conquista de la Libertad, de la emancipación política de un pueblo oprimido, y de otro lado, de ese mismo pueblo, ya libre, que por siempre se dedica a venerarlos; añejos, lontanos asuntos, en apariencia intrascendentes, que, vistos en conjunto, tórnense en la herencia preciada por excelencia y que cuando uno a uno va fijándolos la historia en sus páginas con caracteres indelebles, tienen memoria perdurable.

Ahora bien, nuestros estudios históricos centroamericanos, desde el aula, en donde íbamos a oír el desarrollo de cualquier tema de los que dividían entonces, artificiosamente, a la correspondiente asignatura, y continuando después el estudio de la misma a favor del texto oficial de esta materia para los estudios de C.C. y L.L. y, en el caso de quienes sentían verdadera vocación hacia tal clase de conocimientos, por medio de los libros de consulta existentes, así como de todo artículo periodístico, folleto, ensayo histórico, etc.; nosotros con todo y eso en manera alguna sentíamos la complacencia, ni menos la delectación, que de leer o estudiar otras historias de pueblos y épocas diferentes habíamos experimentado. Trataré de analizar las causas del fenómeno y el ulterior destino que al mismo le ha tocado en suerte. A ese objeto, desde el punto de vista de los modernos métodos de que se vale la técnica para la enseñanza histórica, del modo particular a ella, para dejar su conocimiento específico, eran éstos, y siguen siéndolo, instrucciones obtenidas de libro de texto o del libro de Historia especializado o enciclopédico, como también las nociones que se adquieren en los impresos de cualesquier naturaleza, siempre que versen sobre particularidades históricas. Lo que es entre nosotros, desde tiempos que podríamos llamar inmemoriales, no tuvieron los tales esa suficiencia que deben calificar a todos aquellos textos que llevan por finalidad instruir, ya a quienes acaban de iniciarse en una clase especial de estudios, bien destinados para los que siguen, cursos adelantados sobre no importa cuál modalidad científica. En ninguna obra de Historia de Centro América en aquel entonces y hasta la fecha, existe una crítica imparcial saliendo de ella siquiera medianamente calificada, tan deficientes resultan si se las analiza eclécticamente. A diferencia de la amenidad y el interés que lucen historias de otros países, las que teníamos como texto de la gesta nacional desterraban del estudiante todo contentamiento desde el comienzo de su lectura. Sufríamos por la ausencia del libro que nos obsequiara con la enseñanza útil, interesante, que deleitara y favoreciera con toda amplitud nuestro objetivo; aprender historia. Añorábamos que el más destacado de los escritores salvadoreños, por su calidad de escritor sabio y no menos versado

en lo que a la Filosofía atañe, hubiese escrito para nosotros el precioso manual, palpitante de vida, merced al genio del autor, vestido con el traje de gala más impecable del lenguaje de Castilla; pletóricas sus páginas todas con admirable leyenda que dejan descifrados los símbolos de su idioma de maravilla, develando civilizaciones que en lo remoto del tiempo pretérito florecieron en Cuscatlán, ahondando con esplendidez sus anécdotas edificantes.

No sólo en el caso particular del estudiante de una carrera literaria, sino en el general de todos los salvadoreños, los cuadernos de Historia Patria, tan necesarios a su instrucción, estaban todavía por escribirse, acaso porque nadie dijese nunca nada de la utilidad que en grado superlativo que, con él, se beneficiaría a los habitantes del país natal. Como fácilmente se comprende, semejante borrón de la enseñanza, por su magnitud, por su importancia, desarticulaba el mejor intencionado y trazado "Plan de estudios" de la misma. Su ausencia, en ciertas circunstancias, creados por esa clase de "maestros e historiadores crónicos en sus errores, o cuando la crítica histórica la hacen cerebros torturados por la envidia, cuando no vacíos de talento", todavía se hace sentir en los tiempos que corren, y oscurece las vidas con su ignorancia. Ignorancia es desorden, confusión, caos; padecerla, incapacita al ser para asimilarse esa doctrina que, como su principal enseñanza, lleva adecuada a proporcionar fe, a adquirir el privilegio de que tanto necesitábase y con tanto afán es buscado por la humanidad: el bienestar; bienestar que, para el Mundo preconizan —ayer como hoy— los más sagaces políticos, los legisladores más sabios, así en los hombres como entre los pueblos.

La fogosidad de los años juveniles, reacciona, primero, ante la ausencia del que entre sus objetos de estudio, sería el máspreciado, en una indignada forma más y más acentuada al no encontrar sobre qué o quién volcarla. No es sorprendente de ninguna manera, que a causa de este daño a nuestros estudios, inquiriéramos, vanamente por la extraña razón en obediencia de la cual quienes pudieron, no quisieron escribir de su país la correspondiente e incomparable gesta; nunca encontramos el misterioso motivo de tal conducta entre los historiógrafos nacionales, tan capacitados como están para redactar la gesta del carácter nobilísimo, la narración maravillosa de no menos maravillosas y ciclópeas aventuras. Esto es más relevante si se piensa en la finalidad a que ella iría destinada, o sea a la enseñanza de lo que es, entre la juventud nacional, florido y vigoroso brote. Precisamente, la más necesitada de este espiritual sustento. La dolencia sufrida en ese entonces y en tiempos que se prolongaron mucho después, tornáronse más graves a causa de otra suerte de enfadosos, decepcionantes motivos de injustificable permanencia, en el ambiente estudiantil. Y es que sucedía algo de carácter ominoso, para nosotros todos, un hecho

absurdo, aunque de acontecer diario en el país que alguien llamara de los viceversa. Es el caso que determinada persona no salvadoreña, desde otro país, pone en circulación un mediocre boceto histórico, al que aquí tal importancia se le concede, como para elevarlo al rango de texto, más o menos obligatorio, para los estudiantes de secundaria. Lo peor no es eso todavía. Adviértese, al punto, en el tomito de referencia, cierto estilo oscuro opaco, grisáceo, campanudo en la redacción que caracteriza sus páginas todas, de manera que la lectura de las mismas vuélvese fatigante y aburridora. Sin embargo, los hechos del relato sobre las cuales acentúase, hasta alcanzar gravedad extrema, por su prolijidad descriptiva y un mal gusto a toda prueba, encuéntranse en los cuadros que constituyen la casi totalidad de la obra, de las acciones de armas sostenidas entre centroamericanos, los cuales, o tienen muy escaso interés, o carecen de él en absoluto. Salvo el que pudiesen acordarle los descendientes de los guerreros —una posibilidad— de aquellas luchas actores, y en el caso cercano o remoto, de ser tales asuntos susceptibles de tener para ellos importancia, lo que no deja de ser otra posibilidad aleatoria. ¿Qué beneficiosa lección derivase de esas cruentas, fratricidas contiendas, entre pueblos hermanos? Aunque se vea con vista aguda y se la quiera encontrar, ninguna, absolutamente ninguna. Muy por el contrario: inevitablemente aduénase una vez se ha leído la relación de cualquiera de tales *soi-disant* “Batallas”, del paciente lector, una sensación de verdadero desagrado. Nada más natural. Si alguien leyó el extenso y latoso desarrollo a ellas conferido por el autor citado, donde la alta estrategia y táctica modelo de aquel entonces es desplegada, pongamos por caso, entre dos combatientes que pelean disputándose el triunfo de ambos, el uno integrado por la milicia del país “A” y el otro por la fuerza armada del país “B”, al finalizar la dura prueba, digo el combate, correspondiéndole la victoria a “B”, y si este lector, para continuar con el ejemplo, es ciudadano de la nación vencida, experimentará, como fácil es de suponerse, el disgusto producido por el enojoso asunto, y la ofensa ocasionada por todo lo que ve mal escrito. Las lecciones que fue dándome la vida demostráronme, precisa y claramente, exacta como axioma, la realidad inconcusa de ser la historia la más importante de las ciencias humanas. Sin tener grandes dotes imaginativas, de imaginar qué indole de sentimiento podrá inspirarle a un amante de su país, la carencia del medio por excelencia —el libro— con el cual se favorezca el aprendizaje de los acontecimientos que registran los anales de la Patria y el porqué de los mismos. Porque como establece, preconiza mejor dicho, alguna escuela de Filosofía, siempre ha de inquirir el hombre los porqués de las cosas, remontarse, empleando casi las mismas palabras de quienes profesan tal manera de pensar, al mundo de las causas, que permitirá explicar el mundo fenoménico. Además, agrega la escuela filosófica a que aludimos, no existen las casualidades, sino hay causalidades. Si este criterio se aplica a la historia,

resulta de todo punto cierto, exacto. Y aun suponiéndolo viciado de exactitud en Centroamérica, además de que no existe ni copiosa ni regular cantidad de obras bibliográficas respecto de tan interesante materia, las hay en mayoría y de manera esporádica, apenas tienen insignificante valer, al revés, precisamente, de lo que se observa en otros lugares, con más fortuna, desde luego que esta particular ciencia y arte, es ahí eterno su interés e inapreciable su alto valimiento. Hoy, en cada vez más perfeccionada de la crítica, esto es, de la historiografía, quienes están aún horros de tan notables procedimientos, esperan todavía la creación de una verdadera historia. Alguien dijo ya que sin ideas no es posible tenerla (la Historia), trayendo para comprobar su aserto estas razones: “Sin ideas, todo cuanto dicen los manuales y las obras de especialización, se reduce a establecer si el general Fulano estuvo tal día en tal punto o si estuvo el día siguiente, si los hombres de tal ejército fueron quinientos o quinientos diez y si la ciudad fue fundada el 2 de febrero o el 3 de marzo de 1536. Cuestiones eruditas y valiosas, imprescindibles para poder escribir una historia en el sentido literario filológico, pero cuestiones que no son ni pueden ser historia, pues carecen de alma y de vida, no son los ideales de los hombres, no son sus pasiones, sus problemas y los auténticos fines por los cuales lucharon, escribieron, soñaron y murieron”.

El error que comentamos, especie de fenómeno historiográfico que se incuba y desarrolla a través de varias centurias, con perseverancia digna de mejor causa, no puede menos de asombrar a quienes pertenecen —americanos o extranjeros— a una rama cualquiera cultural. Sin tregua y sin plausible y justificadora causa, crecen y despliéganse las odiosidades internacionales. Visto el proceso histórico, en términos escritos y en ininterrumpida periodicidad, al pronto resaltan a cada paso, en sus diferentes escalones, eslabonadas en el tiempo, trecho a trecho, en una escala que debió ser de progreso y armonía, la apariencia de los solemnes tratados entre los países y en donde se ratifica la amistad y fidelidad que siempre se profesaron mutuamente, en contraste con el continuo guerrear, interruptor de los brevísimos períodos de paz completa que disfrutaron. A este propósito en no pocas ocasiones, en que el sentimiento centroamericano, precisamente por la rivalidad y malquerencia que tanto se han estimulado al recordar estas guerras fratricidas, con lujo de detalles, ocurrió con aparato escénico resplandeciente de juventud, alegría, vigor y belleza —producto de la Paz— que brota cuando menos se le esperaba, salvaje y destructor el odio fomentado de esta torpe manera... Hace pocos años, sirva la información de ejemplo demostrativo, después que los intelectuales de El Salvador y Guatemala, de común acuerdo, quisieron a su manera difundir, esparcir e intensificar la fraternidad entre las cinco parcelas, propósito al que ellos se consagraron, inesperadamente y a tiempo de verificarse un partido de fútbol.

bol entre jugadores de representates de entrambas naciones, aquel evento amistoso degeneró, durante el desarrollo del juego en luchas tan enconadas, que a duras penas pudieron las autoridades apaciguarlas: Los ánimos sobreviantados, quedaron aun después de “aquel amistoso” partido, y tanto, que por ello dijo un escritor salvadoreño, de los buenos, esta frase feliz e inspirada: “Lo que nosotros hicimos, con la cabeza, en muchos años, éstos lo han deshecho con los pies en un momento”.

Tómese en cuenta la tortura a que sométese al estudiante haciéndole memorizar, pormenorizar, el relato de estas contiendas intrascendentes, torpes. Hasta del más animoso, con semejante acopio —excesivo— de datos desagradables, se ahuyenta todo contentamiento: dura, desagradable, es la prueba realizada leyendo y aprendiendo “la flamante batalla”. Después de ello queda el disgusto acre e irritante que produciría en la boca un trago de ácido acético, tomado equivocadamente. Además, una lectura así carente de sentido, en la hora actual, le roba el tiempo al estudioso, tiempo que en ésta más que en otra edad, es un tesoro.

Refiriéndose a los historiadores acuciosos de su patria —Argentina— el notable historiógrafo Enrique de Gandía dice de ellos, no obstante la dedicación con que estudian y escriben los hombres en aquel lugar dedicados a conocer la gesta americana: “nuestros colegas editaban colecciones silenciosas de documentos y las revistas comentaban otras cargadas de erudición, que no dejaban oír una sola voz. La Historia no podía ser trabajo de esclavos mudos y exentos de toda curiosidad. La Historia no debía limitarse a discutir fechas de fundaciones, número de hombres en una expedición o en un combate, o límites imprecisos de una gobernación”. Injusto es el destino que priva al hombre el conocimiento de sus antepasados. Injusta y cruel es la suerte de quien no conoció a sus progenitores. Permanecerá ignorada quien esa eventualidad sufriera, de ese monumento, con amor, tan sólo creado, cuya adorable estatura asciende más alto que las más encumbradas cimas espirituales, cumbre que sobre las demás modalidades del afecto, se levanta y se yergue, prominente, en virtud de la divina jerarquía de propiedad exclusiva del cariño maternal, divinas cumbres pariguales de esotras que “por el Norte se levantaban con saltos prodigiosos, los picos immaculados del Himalaya, alineando sus hileras deslumbradoras de blanca que suben al asalto del cielo azul, vírgenes, infinitos, maravillosos”.

De manera que una sociedad o un pueblo, a quienes nunca les fue dable saber de sus antepasados, ni de sus ascendientes más remotos, ni siquiera las debidas elementales nociones sobre historia patria, deben inspirar pena y desconuelo. Discúlpense del desconocimiento histórico, los grupos humanos que sufren por carencia de libertad, ora a causa de no haberla conquistado aún, ya que por degradarse la perdieron. Y es que

“la historia es la vida del hombre y dentro de esta vida, el ideal más sublime: el de la libertad”. El proceso histórico detallado en términos escritos, el que alude a Centro América, verdaderamente no puede clasificarse de ninguna manera, mediante entidades grupales de diversa ideología histórica. En Centro América, si acaso, es una división literaria, o de extensión elemental o universal del libro, lo único que puede establecerse. Según su estilo literario, sí pueden hacerse divisiones. En cuanto a la forma de documentarse, encontramos unas que son detallistas, tradicionalistas otras, o si acaso, una habrá de tipo erudito; y por lo que se refiere a los elementos de historia, en verdad ninguna diferencia hay entre los antiguos y los que al presente se han publicado, salvo algunas excepciones. Y esto es así, mal que les pese a aquellos viejos, como decía Alberto Guerra Trigueros, a esa especie de tipos humanos que, jóvenes por la edad, se envejecieron en los archivos por una suerte de transubstanciación mental. Median ciento treinta y cinco años de distancia —para los pueblos, esto en su mayoría de edad— que en profesional desfile cronológico van, desde la emancipación política de los Estados Istmicos, al momento contemporáneo. No pertenecen por tanto a la clase de países que no disfrutaban de libertad. De otro lado, su laboriosidad conjunta a los esforzados trabajos que hace luengos años realiza para desembarazarse de ese fatalismo siempre opuesto a su unidad, es otra razón que habla a favor de un proceso histórico desarrollado en Istmania, digno de estudio por su ascendiente evolución. Hablan elocuentes del rudo y paciente laborar suyo, el esfuerzo y la abnegación desplegados por sus habitantes de manera relevante, a tiempo de suceder las calamidades o catástrofes que desarrollaron su suelo; intermitentemente brota de nuestra alma placer especial, al indicar de nuevo, la tónica de nobleza característica en los salvadoreños, porque nos da ocasión de señalar su condición hospitalaria, virtuosa, amplia. Dejamos ya dicho: aquí nadie se ha muerto de hambre, de soledad o frío. ¿De dónde obtiene la esplendidez de su temperamento? Encontramos una fuente inagotable observando los hábitos de vida, a cuya merced esa bondad del sentimiento, en ejercicio diario, derivase de que el pueblo cuscatleco es pueblo que sabe amar. A su vez, tal facultad obedece a que el agua lustral de la fuente es milagrosa, la fuente aludida pareciera fuente de amor: el inagotable venero nace del corazón popular. Es indiscutible: los salvadoreños son gente buena porque: “los mezquinos nada pueden sentir porque a nadie aman; ellos no pueden amar; para amar es necesario ser bueno”. De naturaleza similar a los señalados se encuentran detalles a cada paso, en abundante plenitud, dentro del alma salvadoreña, la Bendita Hada que, a Porfirio Barba Jacob, dedicara una exquisita inspiración, igual a la suavidad de una sonrisa de mujer bella y bien querida en 1917.

Sumando méritos diversos: justipreciando aptitudes, conociendo la

verdadera idiosincrasia cuscatleca a la luz de adecuada claridad, es como se obtienen los atributos que a los pobladores del “Pulgarcito de América” los distinguen; por ello es su Patria la que, siendo la más pequeña, territorialmente, entre las veinte y una naciones del Nuevo Continente, tiene de gigante, empero, la estatura moral.